
LA EDUCACION DE ADULTOS EN AMERICA LATINA

Un enfoque desde la modernidad crítica

Jorge Osorio

EL TEXTO QUE PRESENTAMOS en esta ocasión es una seria y coherente contribución a la definición de la agenda de la educación de adultos en América Latina¹. Fundamentado en una gran cantidad de antecedentes sociológicos, políticos e institucionales nos ofrece una interpretación muy pertinente de la evolución de la educación de adultos en nuestra región. Presenta, a la vez, un conjunto de orientaciones estratégicas que inspiran una definición programática para las instituciones y los practicantes de la educación de adultos.

Nada es más necesario en el actual momento de la educación latinoamericana que profundizar tanto en los fundamentos como en las definiciones estratégicas de la práctica educativa de cara a los grandes desafíos que vive el continente en esta época de cambios.

¹ Este texto fue leído durante la presentación del libro de José Rivero «La educación de adultos en América Latina. desafíos de la equidad y de la modernización», TAREA, Lima 1993, organizada por el Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL) en la Universidad Católica de Chile, 27 de octubre de 1993.

JORGE OSORIO

La educación de adultos está enfrentada, en cuanto política social y como ámbito profesional, a la tarea de revisar su práctica en los últimos decenios, evaluar sus resultados y establecer nuevos criterios de desarrollo hacia el futuro. Ya desde hace varios años muchos de quienes trabajamos en este campo hemos venido señalando la urgencia de realizar esta mirada crítica, replantear los componentes programáticos y definir las responsabilidades de los distintos actores encargados de la ejecución de programas de educación de adultos tanto en el ámbito gubernamental como no gubernamental.

En este replanteamiento de la agenda de la educación de adultos tiene una importancia fundamental la recuperación del proceso histórico de la misma, de su diversidad y de su desarrollo contradictorio.

En los últimos tres decenios el campo de la educación de adultos ha estado sometido a un gran dinamismo, expresándose en él la gran capacidad de respuesta que han tenido algunos sectores de la sociedad civil frente a las demandas educativas y organizativas de los sectores más marginados, una posición política e ideológica de respaldo a opciones de cambios sustantivos en el orden social, una práctica creativa en el ámbito de las metodologías de trabajo participativo y una búsqueda de un pensamiento pedagógico fundado en una concepción humanista y liberadora de la práctica educativa.

Sin embargo, este proceso no se ha desarrollado sin contradicciones. Los propios practicantes de la educación de adultos latinoamericana han venido planteando a través de sus circuitos de estudio y análisis los límites de las tendencias anteriormente señaladas, entre las que destacan principalmente la fragilidad pedagógica de muchas de estas experiencias, la incoherencia relativa entre la teoría y la práctica, la insuficiente sistematización y evaluación de su impacto, la carencia de investigaciones sistemáticas que validen los enfoques que fundamentan las metodologías utilizadas y, por último, el agotamiento del discurso ideo-

LA EDUCACIÓN DE ADULTOS EN AMÉRICA LATINA

lógico que inspiró y animó por lo menos durante dos décadas a esta práctica educativa.

De igual modo, se ha planteado la fatiga de la capacidad estatal para implementar proyectos adecuados a las nuevas necesidades de aprendizaje de los adultos en los distintos países de la región, la carencia de personal gubernamental capacitado para el desarrollo de estos proyectos, la falta de iniciativa estatal para generar concertaciones con organismos de la sociedad civil, la inexistencia de definiciones estratégicas de mediano y largo plazo que promuevan los cambios necesarios en la educación de adultos promovida por el Estado y la ausencia de estrategias metodológicas capaces de implementar las nuevas definiciones requeridas para esta práctica educativa.

Por estas razones, brevemente reseñadas, la educación de adultos está exigida de dar respuestas coherentes, tanto frente a los desafíos contextuales que debe asumir como por los requerimientos propios en cuanto ámbito profesional, así como de procurar un salto cualitativo que se exprese en la adopción de un discurso y de un programa capaz de movilizar a sus practicantes, a los gestores de las políticas educativas, a las instituciones de la sociedad civil y a los centros formadores de educadores.

Este salto cualitativo implica profundizar la reflexión que los educadores de adultos y los investigadores asociados a este campo vienen realizando en orden a constituir la educación de adultos como un campo coherente de saberes prácticos y teóricos. Es preciso superar una tendencia empirista que ha predominado en alguna medida en la educación de adultos para construir una práctica sustentada en experiencias investigativas, de sistematización y de producción conceptual que vinculen la práctica concreta con la formación teórica y el conocimiento de las nuevas y globales tendencias que se desarrollan en la investigación educativa, en la pedagogía y en la gestión educacional.

Es indudable que los cambios veloces que se están produciendo en el ámbito de la producción y del trabajo,

JORGE OSORIO

como consecuencia de los procesos de modernización y globalización económica, repercuten crudamente en la discusión acerca de las definiciones programáticas y estratégicas de la educación de adultos. Son tan evidentes las transformaciones que se producen en los sectores incorporados a esta modernización que constituye un hecho irrefutable el requerimiento de adecuarse y responder a estas exigencias de la modernización. Aún más, las urgencias que tienen las economías nacionales por: 1. abrirse a la competitividad internacional, 2. mejorar tanto la productividad, incorporando nuevas tecnologías, como las prácticas de gestión empresarial y 3. reorganizar el trabajo, fundamentan de igual modo la perspectiva de una educación de adultos capaz de responder a los requerimientos de esta modernización.

Sin embargo, nos parece muy importante, y así se expresa en el libro que presentamos, fundamentar el salto cualitativo de la educación de adultos en un enfoque de *modernidad crítica*, que asuma no sólo los desafíos instrumentales de esta educación sino también aquellos que expresan relación con la refundamentación de un discurso crítico y axiológico capaz de inspirar una práctica educativa que se oriente no sólo por lógicas instrumentales sino por opciones de desarrollo cultural que aspiren a hacer prevalecer en la sociedad valores solidarios, democráticos, de participación y equidad.

Nos parece de gran importancia desarrollar una nueva política de educación de adultos sobre la base de este enfoque de modernidad crítica que defina la acción educativa no sólo por su producción de resultados externos sino por las cualidades intrínsecas que se ponen de manifiesto en la forma misma de llevar a cabo la acción.

La traslación absoluta de lo valorable en educación desde los procesos a los productos y el divorcio de medios y fines educativos son manifestaciones de una concepción instrumental vulgar que se refleja en los modelos tecnocráticos de intervención educativa que, obsesionada por la

LA EDUCACIÓN DE ADULTOS EN AMÉRICA LATINA

eficiencia y la productividad cuantificable, ilusionan a muchos de los educadores y planificadores del desarrollo educativo de nuestros países.

En la perspectiva de una educación de adultos contribuyente a una convivencia democrática fundada en el valor de una modernidad crítica, se hace imprescindible fundamentar toda política de desarrollo educativo en una definición que fortalezca la acción educativa como la creación de las capacidades necesarias para que los individuos aborden la comprensión de la realidad compleja en que viven y deliberen sobre los modos más racionales de intervenir en ella a través de un contraste crítico y reflexivo con el mundo de la producción, de los objetos, de los sentimientos y de las ideas.

La educación de adultos debe estar articulada con la construcción de una ciudadanía crítica y participante como una condición de calidad en los procesos de construcción democrática en nuestros países. Esto implica la puesta en marcha de políticas conducentes a la satisfacción progresiva de las necesidades de aprendizajes que se manifiestan en el campo de la participación social, del control ciudadano y del desarrollo cultural pertinente tanto al fortalecimiento de la sociedad civil y de las instituciones políticas locales y nacionales como a la apropiación colectiva de los valores fundantes de la democracia: el respeto a la diversidad, la no discriminación y los derechos humanos.

Nuestro desafío es implementar una educación de adultos que responda a la verdadera explosión (a veces silenciosa y desarticulada) de las demandas por formación continua que se ha generalizado a todos los sectores sociales, a todos los niveles del mundo del trabajo y a todos los ámbitos en que se desarrolla la formación, incluyendo los movimientos sociales, las instituciones culturales, las organizaciones de base, los programas de educación popular, la capacitación laboral, los proyectos recreativos, el turismo social, la economía popular, los

JORGE OSORIO

movimientos feministas, de derechos humanos, medioambientalistas, los programas de tercera edad, la educación para el tiempo libre, los programas de educación y defensa de los derechos de los consumidores, etc.

Es importante considerar en la articulación de una estrategia de construcción de sistemas nacionales de educación de adultos, la demanda por educación popular, social o comunitaria, en cuanto modalidades educativas y que expresan la aspiración de vastos sectores de la sociedad civil por obtener una mejor calidad de vida, participación ciudadana y desarrollo cultural.

Así como es evidente la necesidad de articular la educación de adultos a los procesos de transformación de una economía basada cada vez más en modos de producción sostenidos en la utilización intensiva de la tecnología en el desarrollo de los recursos humanos como factor de competitividad, no lo es tanto, entre los planificadores y gestores de la educación de adultos de nuestros países, la necesidad de orientar a ésta hacia tareas relacionadas con nuevos fenómenos que se expresan en el campo de la cultura.

La modernización y la globalización de los medios de información, la divulgación científica, el aprendizaje de lenguajes computacionales y de un segundo idioma, la participación ciudadana a nivel local y en movimientos asociativos, la ampliación de programas educativos para la tercera edad, entre otros fenómenos, exigen una batería de nuevas respuestas desde la educación de adultos.

Estos fenómenos asociados a la escolarización cada vez más masiva de los jóvenes, y a los problemas ya conocidos de los analfabetismos absoluto y funcional, constituyen el cuadro en el cual deben establecerse las definiciones, las prioridades, las estrategias, las metodologías y las concertaciones interinstitucionales de la educación de adultos.

Como es posible observar, la educación de adultos constituye una gama de diversas experiencias de aprendizaje,

LA EDUCACIÓN DE ADULTOS EN AMÉRICA LATINA

de espacios, agentes de formación, sujetos participantes, responsabilidades gubernamentales y sociales y diversas fuentes de financiamiento.

No podemos dejar de poner atención a estas transformaciones de la demanda social para la educación continua de los adultos, así como a la necesidad de la diversificación de las respuestas a tal demanda.

La educación de adultos es una tarea del Estado y de la sociedad civil que debe potenciarse en el proceso de construcción democrática de nuestros países, que requiere de nuevas iniciativas, de nuevos estilos de articulación entre lo público y lo no gubernamental, una búsqueda concertada de financiamientos, una participación más decisiva de la sociedad civil en la definición de las políticas, un enfoque pedagógico pertinente al desarrollo de una educación para la solidaridad y la democracia, de dispositivos de análisis, sistematización y formación de educadores capaces de darle consistencia a las nuevas políticas y, sobre todo, un fortalecimiento de nuestra capacidad de crear y trabajar por sociedades más humanas, solidarias y justas.